

El **DRAGÓN DE FUEGO**



EPISODIO 1º



EL MANUSCRITO DEL LAMA

En 1944, cuando hacía más o menos una década de la total desaparición de la novela por entregas —que no hay que confundir con el folletín—, resucita, si bien brevemente, tan solo en dos obras: Primero en «El Dragón de Fuego» y a los pocos meses con «La secta de la muerte».

Ambas fueron escritas por el polifacético Fidel Prado Duque (1891-1970)

. Estas novelas por entregas fueron de aventuras exóticas, la primera transcurre en la China milenaria, la segunda en la India misteriosa.

Cargadas de tópicos no se aconseja su lectura a progres acérrimos, sino a personas más cultas capaces de situarse en la época y circunstancias en que fueron escritas, esta serie de entregas en particular, puede circunscribirse plenamente dentro del género del «Peligro amarillo», cuya primera referencia puede encontrarse en el excéntrico autor Matthew Phipps Shiel, que en «La emperatriz de la Tierra», publicada de forma seriada presentaba al Dr. Yen How, claro precursor de Fu Manchu, Wu Fang y otros malvados orientales.



Fidel Prado

El manuscrito del Lama

El dragón de fuego - 1

ePub r1.0

Titivillus 11.03.2020

Fidel Prado, 1944

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





EL
MANUSCRITO
DEL
LAMA

Capítulo primero

UN HALLAZGO EMOCIONANTE

Aquella tarde de mediados de primavera, paseaban indolentemente por las pintorescas calles de Pekín dos europeos que contrastaban notablemente por el antagonismo de sus personas.

Uno de ellos, de estatura media, más bien delgado que grueso, de tipo elegante y facciones enérgicas, acusaba en su rostro y en sus modales al hombre culto, cuidadoso de su atuendo, un poco gastado por el estudio, pues sus ojos grises y penetrantes se ayudaban por unos lentes de montura de oro que se afirmaban a la solapa de la americana por una fina cadena de oro.

Su compañero resultaba un gigante a su lado. Alto, poderoso, de anchísimas espaldas y brazos largos y potentes, denotaba a simple vista que se trataba de un hombre muy forzado, pero de una elegancia dudosa, a pesar de que su traje debió ser cortado por un buen sastre.

Era moreno, de ojos un poco azulados, nariz gruesa y aplastada, labios abultados y de una sonrisa ingenua que iluminaba su rostro con cualquier nimiedad, acusándole como un hombre de carácter infantil a pesar de su temible humanidad.

El primero, era el profesor Alfred Karus, inglés de nacimiento, ciudadano cultísimo que había dedicado toda su vida de sabio a investigaciones arqueológicas y al estudio de las lenguas orientales, demostrando una marcada preferencia por todo aquello que se relacionase con el Extremo Oriente, y el segundo, llamado Pat Regis, oficiaba de criado de Karus desde fecha que casi había olvidado el prestigioso profesor.

Regis había servido al padre de éste, un egiptólogo muy notable que pereció en una expedición a Libia, y cuando el hijo empezó sus estudios, Regis continuó sirviéndole con la misma preferencia y el mismo cariño que había servido a su antiguo amo.

Con Karus había recorrido medio mundo, verificando varios viajes a China, donde si no de un modo perfecto, de manera bastante aceptable logró aprender el monosilábico y gutural idioma de Confucio, pues Regis, a pesar de su aspecto infantil, era tan avisado como recio, aunque su listeza fuese más natural que cultivada.

Regis jamás se sentía molesto en ningún sitio donde se encontrase su señor. Si éste le hubiese dicho un día. «Regis, prepara las maletas vamos a verificar unas investigaciones en el interior del Vesubio para llegar hasta el Infierno», el criado hubiera preparado el equipaje a tono con tan arriesgada excursión, sin olvidar el abanico, el té y el tabaco para las pipas.

Ahora, tras una ausencia de China que se remontaba a tres años, Karus había decidido volver a ella para investigar ciertos pergaminos encontrados y depositados en el Museo Nacional, y éste y no otro era el motivo de su presencia en Pekín, la popular ciudad del Extremo Oriente, centro vital de la afluencia de extranjeros debido a su situación privilegiada de capital del Imperio, donde radicaban todas las embajadas europeas.

El profesor, muy aficionado a rebuscar pergaminos, libros antiguos y toda clase de escritos allí donde los encontraba, decidió hacer una visita al barrio comercial, en el que entre callejones estrechos y fétidos, donde el sol no llegaba jamás a causa de la estrechez de las calles, los toldos que se tendían de fachada a fachada y los miles de banderolas flameantes al viento, se alineaban cientos de tenderetes mostrando al comprador toda la gama absurda de chucherías y objetos raros y exóticos que la imaginación más exuberante podía presumir.



—Oiga, piojo amarillo...

Aguantando las grandes apreturas allí reinantes, Karus se detuvo ante un tinglado en el que se amontonaban docenas de libros y papeles ajados de todas formas y tamaños. Unos, con encuadernaciones a la europea, y otros, forrados con tersos pergaminos amarillos oliendo a moho, con lo que denotaban la vejez de su confección.

Mientras Karus examinaba concienzudamente cuánto contenía el tenderete, Regis, a quien no seducía la lectura de escritos raros y a veces casi ilegibles, se entretuvo en examinar curiosamente a los

compradores que se detenían un momento junto a los libros, para despreciarles enseguida como cosa poco substancial para sus gustos.

Entre los curiosos, no pudo dejar pasar desapercibido a un chino de porte bastante elegante, vestido con una casaca azul de seda rameada, unos pantalones amarillos, una especie de bonete negro rematado por una bola de coral y unas grandes gafas de concha que se ajustaban a su achatada nariz, gracias a los soportes que aferrados a sus finas y amarillentas orejas permitían la estabilidad de tal adminículo.

El chino se colocó junto al profesor y se dedicó nerviosamente a revolver el montón de libros mirando con disimulo a Karus, como si temiese que éste pudiera encontrar en la rebusca algo que a él le interesase muy particularmente.

El profesor, muy despreocupado respecto a su compañero de aficiones, extrajo del fondo del montón un pequeño librito medio carcomido por la acción del tiempo. Estaba forrado con una hoja apergaminada de un amarillo muy deslucido y sucio y no contendría más de treinta y dos pequeñas páginas.

Muy intrigado, examinó el libro abriéndole con entusiasmo, pero en aquel momento, el chino, que tenía apartados junto a él diversos tomos ya escogidos, echó un profundo vistazo al que hojeaba el profesor, y tratando de arrebatárselo, exclamó en inglés con voz gutural y nerviosa:

—Perdón, señor; este libro lo había apartado yo para mí.

Karus, molesto, le midió con la mirada y repuso:

—Está usted equivocado, señor. Este libro acabo de extraerlo del fondo del montón y mal podía usted haber sospechado que estaba ahí debajo.

—¡Le digo que ese libro le tenía yo aquí apartado! —afirmó el chino, vivamente impresionado al observar la obstinación con que el profesor pretendía retenerle.

—¡Y yo le afirmo a usted que no es cierto! —exclamó el profesor con molesta energía.

El chino, al comprender que no le sería cedido el libro de buen grado, alargó el brazo y de un rápido e imprevisto tirón, arrancó el codiciado objeto de manos del profesor y trató de alejarse del puesto sin siquiera abonar el importe de la compra.

Pero Regis, que había asistido a la discusión flemático y

sonriente, esperando el resultado de aquel torneo de afirmaciones y negaciones, al observar el gesto del chino, alargó su potente brazo y tomando al intruso por el cuello como a un muñeco, le arrancó el libro de las manos, afirmando con infantil regocijo:

—¡Oiga, piojo amarillo! De la palabra del profesor Karus no duda ningún sapo sin sangre en las venas. ¡Largo!

Y de un violento manotazo lo arrojó a más de tres metros, enviándole contra un puesto de porcelanas que se quebraron con estrépito al recibir el cuerpo del vapuleado.

Una honda conmoción se produjo en toda la estrecha callejuela. Los chinos, al observar que el tumulto se había producido a causa de la intervención de unos extranjeros, se aprestaron a salir en defensa del de su raza.

Éste, furioso, gritó unas frases misteriosas que tuvieron la virtud de provocar la reacción en un grupo de los que asistían a la escena sin intervenir. Las frases, a modo de clave o llamamiento especial, encendieron los ánimos y dos docenas de furiosos «coolies», armados de cuchillo, se lanzaron sobre Regis y el profesor, como tigres.

El criado, sin impresionarse por la actitud hostil de aquella chusma, y de las afiladas armas que esgrimían, alargó la mano y armándose de un largo y recio atizador dorado que halló sobre uno de los tenderetes, lo descargó con furia sobre el agresor que tenía más cerca, mientras gritaba en inglés al profesor:

—¡Lárguese, señor; lárguese y déjeme a mí con estos sapos incoloros, que voy a confeccionar una buena ensalada de sabandijas con ellos!

Karus, que conocía de sobra a su criado y conocía aún mejor la psicología de los chinos, entendió que era mejor dejarle el campo de lucha a él solo y aprovechando el tumulto se deslizó por la calleja desapareciendo prontamente mientras Regis, con tan terrible arma en la mano, sacudía mandobles a diestro y siniestro, hendiendo cráneos con una fruición pocas veces sentida.

Pero a medida que iba eliminando enemigos, éstos aumentaban como por encanto y el bravo y forzudo criado observaba con inquietud que le iba a ser más difícil que suponía, deshacerse de aquella chusma, para salir a terreno más propicio donde encontrar ayuda.

Mas, sin amedrentarse del terrible peligro que corría, saltaba como un felino esquivando los certeros golpes de cuchillo, aferrando tenderetes que lanzaba contra sus perseguidores con una fuerza nada común, sembrando de obstáculos el camino en su retroceso y aumentando el volumen de protestas y enemigos.

Los enfurecidos chinos surgían por todas partes como chinches en verano y Regis se veía obligado a manejar su terrible arma como un molino, para impedir que alguno se acercase a él peligrosamente.



—¡Toma, ratón pelado!

A cada cráneo que hundía, le ponía un comentario humorístico, pues era cualidad suprema en él no perder el buen humor ni en los momentos más trágicos de su vida.

—¡Toma, ratón pelado! —decía mientras asestaba un golpe de plano sobre la pelada cabeza de un chino de cara de ratón que se había deslizado a sus espaldas tratando de atacarte por sorpresa.

—¡Esa caricia para ti, mochuelo amarillo! —dedicó a otro, metiéndole el atizador por la nariz—. ¡Y ese saludo para ti, rana con ictericia!

Los chinos, enfurecidos, no cejaban y algunos se dedicaron a

lanzarle sus cuchillos manejados con rara maestría para poder deshacerse de él.

Pero Regis se había improvisado una pintoresca armadura con un gong que acertó a colgarse al cuello y en él rebotaban, armando un ruido infernal al chocar contra el sonoro y escandaloso cobre.

En esta lucha desigual, Regis logró salir de la calleja alcanzando una especie de plazoleta por la que en aquel momento cruzaban cuatro soldados del ejército regular.

Los soldados, sabedores de los peligros que encerraba para las relaciones diplomáticas de su país la agresión a súbditos extranjeros, se apresuraron a intervenir en favor de Regis. Calando sus bayonetas, cargaron contra la enfurecida masa dispersándola sin piedad.

La horda retrocedió lanzando terribles alaridos, de venganza, pues el chino a quien Regis había vapuleado primeramente, les arengaba con órdenes tajantes y al parecer ejercía una notable influencia sobre ellos.

El bravo criado aprovechó la providencial ayuda de los soldados para huir como un gamo por una callejuela cercana y cuando los chinos reaccionaron y trataron de diseminarse para acorralarle por otros lugares, ya había desaparecido como el humo.

Sin embargo, por muy listo que se mostró, no pudo evitar que un «coolie», deslizándose por las casas de la plazuela, le siguiese de lejos, hasta descubrir el sitio a dónde se dirigía.

Regis, sudoroso y fatigado, con algunos rasguños sufridos en la brutal pelea, pudo alcanzar el «bungalow» donde el profesor se hospedaba. Karus, intranquilo por la suerte que podía haber corrido su criado, había telefoneado a la Embajada inglesa y ésta acababa de reclamar de las autoridades su pronta intervención en favor de Regis.

Cuando el profesor le vio entrar alegre y sonriente, se lanzó angustiado a su encuentro, preguntando nervioso:

—¿Herido?

—¡Oh, no; no se alarme, profesor! Apenas si me han podido dar un amante beso esos puercos con coleta; en cambio, yo les he acariciado el cráneo con tanto cariño, que he dejado preparada la gran ensalada de sesos de chino en salsa.

—¿Qué sucedió?

Regis contó al profesor su odisea y Karus, agradecido, le abrazó diciendo:

—Gracias, Regis; más que un criado eres un amigo leal de los pocos que se encuentran en el mundo. Me has salvado la vida y no sé cuándo estaré en condiciones de pagarte tan gran servicio.

—Conmigo no tiene usted ninguna deuda, señor —afirmó el criado sinceramente—. Soy suyo en cuerpo y alma y debo defenderle, porque cuando su señor padre murió, me dijo: «Regis, te confío a mi hijo Karus, vela por él como velaste por mí, y si alguna vez exige un sacrificio grande, hazlo en memoria mía». Claro es —continuó— que no necesitaba advertírmelo. Yo le quiero a usted porque para mí ha sido un segundo padre y mi deber es correr su suerte. Además, ¡y lo que me he divertido aplastando ranas amarillas!

Luego, reaccionando, preguntó:

—¿Merece realmente ese librito todo el bochinche que hemos armado?

—No lo sé aún, Regis. Estoy tratando de descifrarlo, pero no creas que es tarea fácil. Está escrito en un chino antiquísimo y esto dificulta mucho la labor, pero sospecho, por el interés que puso en poseerle aquel gusano con coleta, que contiene algo muy valioso que él no desconoce y por eso mostraba tanto empeño en poseerlo.

—Eso juzgo yo también —afirmó Regis— y como no se equivoque usted y contenga algo interesante, nos vamos a reír mucho de él.

—No cantes victoria tan pronto, Regis —interrumpió el profesor—. A pesar de las varias veces que has estado en China, no conoces aún el carácter tozudo de los hijos del Celeste Imperio y el tesón que ponen en lograr lo que ansían. Si a eso añades que la cosa puede afectar a alguna de las muchas asociaciones secretas que aquí cuentan con los adeptos a millares, la cosa se va a poner muy árida. Mucho me temo que este librito contenga algo tan interesante, que con él hayamos levantado a media China en contra nuestra.

Regis sonrió incrédulo contestando:

—¡Ya será algo menos, profesor!

—No lo tomes a broma. China es una pura sociedad secreta. ¿No has oído hablar de los «boxers»?

—Algo, pero no mucho.

—Pues los *boxers*, secta que se denomina de patriotas por que odia a los occidentales, se unieron en 1900 y provocaron la mayor matanza que registra la Historia. Pekín fue asolado e incendiado y los extranjeros que habitaban en las concesiones, pasados a cuchillo. Todas, menos la inglesa, fueron asaltadas y sus moradores, asesinados, y solamente cuando un gran ejército internacional, al mando del almirante Seymour, avanzó desde

Tien-Tsin

con tropas inglesas, francesas, rusas, italianas y alemanas, pudo dominar a esa horda, pero ya el desastre era inevitable, pues Pekín era una ruina y miles de seres habían caído bajo el cuchillo de esa chusma feroz, que cuando se desborda es peor que un tifón de sus peligrosos mares.

Regis quedó impresionado por las palabras del profesor, pero reaccionando, afirmó:

—No importa. Me siento con ánimos para hacer descender el censo de estos sapos horribles y, con ello, el viaje nos resultará más divertido.

Y alegre y optimista, se afanó en preparar el almuerzo, mientras el profesor se dedicaba a descifrar el manuscrito.

Capítulo segundo

EL SECRETO DEL TESORO DE LOS LAMAS

Hasta mediada la tarde, Karus estuvo entregado a la tarea de estudiar el manuscrito. Éste era de muy escaso volumen y estaba escrito a mano, formando un conjunto de figuras y signos que Regis no hubiese sido capaz de descifrar en su vida.

Cuando el profesor terminó su fatigosa tarea, quedó como ensimismado, con los ojos fijos en el techo y la pipa entre los dientes, y Regis, que le observaba con atención, se acercó a él preguntando:

—¿No le convence a usted lo que dice, profesor?

Karus le contempló con los ojos muy brillantes y repuso:

—Regis, estoy pensando si quemar este manuscrito y no darme por enterado de su contenido. Es tan tentador y a la par tan peligroso llegar al final de la aventura, que me preguntó si merecerá la pena exponer mil veces la vida por descifrar un secreto que cuenta con siglos de existencia y rescatar un tesoro cuyo valor nadie es capaz de calcular.

El criado, nervioso de alegría, replicó:

—¿Cómo?... Hay un tesoro por medio y siente usted temor de aventurarse a rescatarlo... ¿Es que ha dejado usted de ser inglés y aventurero?... ¡No diga eso, profesor! Quien ha hecho las expediciones de usted y se ha jugado mil veces la vida por descifrar cuatro papeluchos antiguos sin valor, bien puede exponerla por algo que merezca la pena de correr el riesgo.

Karus, al sentirse espoleado por su criado, advirtió:

—Es que tú no te haces una idea ni remota de la clase de enemigos con que hemos de contender, ni los horribles peligros que hemos de correr. Ahora, estoy seguro de que sin haber intentado

nada, tenernos en nuestra busca millares de sectarios locos por rescatar este documento.

Regis, que no servía para escuchar medias palabras, preguntó con vehemencia:

—¿Quiere usted explicarme de qué se trata en lugar de intentar asustarme? Creo que será más práctico.

—Pues bien; escucha, que te voy a revelar el secreto.

»En el Tíbet, en lo más abrupto e inaccesible de sus nevadas montañas, existe un monasterio que más que monasterio es una sólida fortaleza de granito y roca, llamado monasterio de “Los Grandes de la Montaña”; está habitado por los monjes negros y su fundación se pierde en la noche de los tiempos.

»Allí, rodeados del mayor secreto, los monjes trabajan en fórmulas químicas y algebraicas y estudian las más profundas ciencias que ningún europeo ha sido capaz de descifrar, pero al tiempo, poseen uno de los mayores —o el mayor— tesoro de toda China.

»El monasterio está regido por tres grandes lamas, tres monjes que han llegado a tan alta jerarquía después de demostrar un talento nada común entre los de su secta, pero de esos tres, hay uno, el Gran Lama, que es el jefe supremo e indiscutible de toda la poderosa organización. Hace más de mil años, ocurrió algo inverosímil en el monasterio, que ha traído de cabeza a toda la secta desde esa fecha y ha complicado no sólo a los monjes negros sino a todas las sectas secretas del Imperio.

»Cuando el Gran Lama se sentía próximo a morir, redactaba un pequeño manuscrito haciendo un somero inventario del tesoro y marcando el lugar del emplazamiento donde permanecía escondido.

»Para ello, se valía de anagramas, jeroglíficos, lugares señalados con figuras interpretativas y al morir, se lo entregaba en secreto a su sucesor, el cual estaba obligado a trasladar el tesoro a sitio distinto solamente de él conocido, pues con esto, se pretendía evitar que el muerto pudiese haber dejado algún dato aislado que sirviese para que alguien se apoderase de él.

»Entonces, el Lama sustituto preparaba el escondite, hacía trasladar allí el tesoro y luego redactaba a su vez el manuscrito que un día debía entregar a su sucesor a su fallecimiento.

»Esta operación del traslado era algo trágico. Una docena de

monjes negros se ofrecían para la operación, sabiendo que hacerlo así era firmar su sentencia de muerte, pues cuando el tesoro terminaba de ser trasladado, el Gran Lama les encerraba en una gruta que se tapiaba inmediatamente para que el secreto quedase bien guardado con la muerte de los que habían procedido a trasladarlo.

»Pero los monjes consideraban esto un gran honor que les abriría las puertas de su Paraíso y había que sortear entre todos para elegir los necesarios.

»Mas, sucedió una vez, que un bonzo perteneciente a una secta secreta, logró introducirse en el monasterio y alcanzar el estado de servidor de confianza del gran Lama, pero este individuo, en combinación con sus secuaces, sólo buscaba la ocasión de encontrar el manuscrito y huir con él apoderándose del secreto del escondite.

»Un día, el Gran Lama se sintió morir y llamó a su sucesor inmediato, uno de sus compañeros de trío, para hacerle entrega del preciado manuscrito.

»Pero sucedió que el bonzo, servidor del moribundo, asistió desde un escondite ignorado a la entrega del manuscrito y se propuso robarlo antes de que el entrante procediese al traslado del tesoro.

»Conocedor del monasterio hasta en sus más mínimos detalles, aquella noche penetró por sorpresa en la celda del Lama sustituto y atacándole inopinadamente, le arrebató el manuscrito huyendo con él.

»El Lama, gravemente herido, fue descubierto al día siguiente en gravísimo estado, pero tuvo tiempo de confesar lo sucedido y denunciando al bonzo traidor.

»Los monjes, rabiosos por el sacrilegio cometido, se juramentaron para capturar al ladrón, y durante varios meses dieron terribles batidas por las montañas, empleando los “deggs”, unos perros grandes como borriquillos pero de un olfato y una ferocidad increíbles.

»La búsqueda resultó infructuosa y nadie se explicó cómo aquel “kaeidsu” (demonio) podía haber escapado de las estrechas mallas de la red que se había tendido para capturarlo.

»Con rabia y dolor, tuvieron que resignarse a saber perdido el secreto del sitio donde se escondía el tesoro, pero siempre temiendo

que sus enemigos se hubiesen apoderado de él.

»El bonzo, según se supo más tarde, no se apresuró a huir del monasterio. Adivinaba la persecución feroz que se iba a iniciar contra él y permaneció escondido dentro de aquel recinto en un lugar que nadie acertó a descubrir, pues todos lo creían huido mientras permanecía al alcance de su terrible poder y venganza.

»Se había procurado alimentos para varios meses, y sólo cuando pudo comprender que la búsqueda había remitido, se decidió a abandonar el monasterio, corriendo terribles peligros para poder escalar sus inaccesibles muros y ganar las montañas.

»El bonzo, hombre de hierro, logró burlar la vigilancia y escapar, precisamente en la peor época, cuando la nieve cubre las montañas y borra los pinos y peligrosos senderos, y a costa de fatigas que solamente un hombre de su naturaleza es capaz de soportar, logró abandonar la montaña y descender hasta el llano siguiendo el curso del

Hong-ho

o Río Amarillo, que casi junto al Río Azul tiene sus fuentes en las vertientes del Tíbet.

»Sus compañeros de secta no se habían olvidado de él. Aunque transcurrió tanto tiempo entre el robo y la huida, esperaban siempre, o saber que había sido destrozado entre horribles tormentos o que apareciese para entregar al jefe de la secta el preciado documento, y día y noche vigilaban los dos ríos y la llanura esperando verle aparecer.

»Pero el bonzo pensó que los peligros corridos no merecían la pena de entregar tan valioso tesoro para recibir unas gracias frías o algún premio insignificante y decidió guardar para él el manuscrito, burlando a la secta como había burlado a los monjes negros.

»Y así, ingeniándose las de mil modos, apelando a disfraces y a rutas difíciles, poco vigiladas, trató de salvar la peligrosa zona para llegar a Shanghai o Pekín y apropiarse del tesoro o parte de él, si el emplazamiento se encontraba en sitio factible de ser saqueado.

»Pero midió mal la fuerza, el dominio y los tentáculos de su secta, que se denominaba “El dragón de fuego”. Sus afiliados realizaron minuciosas averiguaciones y lograron localizar los lugares donde se había disfrazado, de qué manera, los caminos difíciles que cruzó para escapar a la vigilancia de sus hermanos de

conspiración y poco a poco fueron tejiendo en torno de él una red más estrecha, que terminó por encerrarle en un círculo trágico.

»El bonzo, dándose cuenta de que iba a ser capturado, quiso privar a sus perseguidores de aquel codiciado tesoro que él ya no podía disfrutar y escondió el manuscrito en un sitio que ni los mayores tormentos pudieron obligarle a declarar.

»Capturado cerca de Lan-Che en el violento recodo que forma el Río Amarillo, fue sometido a tormentos que sólo la imaginación china es capaz de inventar, pero el bonzo, tan enérgico para privarles del tesoro como fue para apropiarse de él, falleció entre espeluznantes suplicios sin confesar dónde había escondido el manuscrito.

»Fueron inútiles las pesquisas que los sectarios de “El dragón de Fuego” realizaron por todo el trayecto recorrido por el bonzo. Aunque registraron palmo a palmo no dieron con el manuscrito y pasado el tiempo, se vieron obligados a renunciar al tesoro.

»Tampoco los monjes negros consiguieron rescatarle, y así se han pasado más de diez siglos sin que unos y otros den con la codiciada presa.

»Pues bien: lo que nadie ha conseguido localizar en ese tiempo, lo hemos conseguido nosotros por una pura casualidad; este manuscrito —que aquí ves, es el que sustrajo el bonzo en el monasterio de los Grandes de la Montaña, a menos que sea apócrifo, cosa que no creo, pues no tenía objeto alguno crear esta pista falsa que a nadie beneficiaría.

»El manuscrito está redactado en un chino de la época de la dinastía de los Thang, en cuyo reinado se introdujo en China el cristianismo por los nestorianos».

—¿Tan antiguo es este Infierno de tierra y polvo amarillo? —preguntó el criado con asombro.

—Antiquísimo, Regis —afirmó el profesor—. Cuenta cerca de cincuenta siglos pero con base para una afirmación más o menos rotunda, se atribuye la fundación del imperio chino a su primer gobernante Yu, en el siglo trece antes de Jesucristo. China ha tenido gobernantes muy famosos, entre los, los Cheu, que vieron nacer a Confucio mil ciento veintidós años antes de la Era cristiana, y Chin, de cuyo nombre se deriva el actual de China. Este gobernante fue el que mandó construir esa sólida e interminable Gran Muralla para

evitar una posible invasión de sus enemigos.

—¿Qué es lo que le descubre a usted ese manuscrito? —preguntó Regis, que iba al lado práctico del asunto.

—Muy poco legible; hay aquí varios planos empíricos, algunos signos cabalísticos y cifras y rayas que aún tengo que tratar de descifrar.

—¿Qué piensa usted hacer si logra traducirlas?

—No lo sé aún, Regis. El tesoro es tentador, no particularmente, sino patrióticamente, pero el peligro es tremendo. Creo que a estas horas, la secta de «El dragón de fuego» nos ha descubierto y sabe que poseemos el manuscrito, y si es así, tratarán de arrebatarlo.

—Primero que nos localicen tenemos tiempo de haberlo puesto a buen recaudo. Creo que conseguí evadirme durante el tumulto sin que nadie pudiese seguir mi pista.

—No te fíes mucho. Los chinos son muy astutos y a lo peor cuando tú estás tan seguro de haberles burlado, te han seguido y tienen nuestra casa sometida a vigilancia.

Regis, incrédulo, se dirigió al ventanal del despacho y sin darse a ver desde el exterior, asomó un poco el rostro por los cristales. Las sospechas del profesor parecían ser ciertas, pues el fiel criado descubrió la sombra de un chino, oculta tras una frondosa morera fronteriza.

Regis montó en cólera afirmando:

—¡Por vida de Confucio! Ahora mismo bajo y me hago una cadena para el reloj con la coleta de ese inmundito reptil.

—¡Quieto! —ordenó el profesor—. Puede ser un cebo para obligarnos a bajar y deshacerse de nosotros. Lo mejor es hacer como que no nos hemos dado cuenta.

—Sí, pero esa gente ahí es un peligro. Pueden intentar arrebatarlo el manuscrito.

—Claro que lo intentarán; de eso puedes estar seguro.

—¿Y vamos a consentírselo?

—Sí. Vamos a darles ese gusto.

—¿Y para ese final me he jugado yo la vida esta mañana? —preguntó muy compungido el infantil criado.

—No te preocupes —exclamó el profesor muy divertido al observar su rostro—. Les dejaremos que se lo lleven si es preciso, pero engañándoles. Ya tengo pensado el truco. Ve.

Le mostró un manuscrito que poseía del mismo tamaño. Luego le dijo:

—Ahora, despeguemos las tapas de ambos y traslademos las del manuscrito del Lama a este otro. Cuando intenten el robo, creerán que se llevan el disputado y mientras se dan cuenta del engaño, habremos tenido tiempo de esconderlo donde no les sea ya fácil dar con él.

Regis rompió a reír estrepitosamente al oír a su jefe y entré hipo de risa exclamó:

—¡Bien se la vamos a jugar a esos sapos coletudos! La vida daría por ver la cara que ponen cuando se den cuenta del engaño.

El profesor, ayudado por su diligente criado, procedió a despegar las amarillentas tapas del manuscrito, separándolas con sumo cuidado y luego, desposeyendo de las suyas al otro manuscrito, las acoplaron del mejor modo posible.

No era preciso realizar una obra de arte, pues lo principal era que si llegaban hasta el manuscrito, comprobasen por la cubierta que ésta era el que buscaban. El interior resultaba algo más complicado para comprobarlo de una simple ojeada.

—¿Cuándo cree usted que se decidirán a subir por él?

—Esta noche. Nos juzgarán despreocupados y contando con la sorpresa, intentarán tomarlo sagazmente. Estoy seguro de que si sospechasen que sabemos que nos espían, prenderían fuego al «bungalow» asaltándolo en masa.

—¿Y esto puede suceder impunemente en la capital de una nación como ésta? —preguntó Regis asombrado.

—Claro que puede suceder, Regis. China no es Occidente. Aquí, las costumbres son otras, la civilización para nosotros distinta y el concepto de las cosas muy otro. Además, ten en cuenta que vigilar tantos millones de seres no es cosa tan fácil como supones, cuando muchos de los encargados de esa vigilancia, están afiliados a las sectas o bajo su amenaza y presión. Únicamente se tiene cierto miedo a los extranjeros desde el escarmiento que se les hizo en 1900, y procuran protegernos en la medida que pueden, pero esa protección es tan débil, que más vale que nos confiemos a nuestra astucia y a nuestro revólver que a la que la policía de aquí pueda prestarnos. Estaremos, así, más seguros.

Y con excelente apetito, se sentó a la mesa acompañado de su

fiel ayudante.

Capítulo tercero

LA CÓLERA DE «EL DRAGÓN DE FUEGO»

El profesor Karus tenía razón. Los enfurecidos chinos, azuzados por el misterioso sujeto que pretendiera arrebatarse el manuscrito en el tenderete, habían recibido la orden terminante de acabar con ambos diablos extranjeros y despojarles del manuscrito a cualquier precio.

Ante esta orden, uno de los «coolies» había seguido de lejos a Regis hasta verle penetrar en el «bungalow» del profesor, e inmediatamente se apresuró a buscar al chino para darle cuenta de su feliz descubrimiento.

El misterioso sujeto ordenó al «coolie» que permaneciese vigilando y no permitiese que ambos perseguidos se les escapasen y tomando una «rikscha» o palanquín ligero tirado por dos robustos chinos, dio orden de conducirlo a un apartado lugar en la parte occidental de la población, donde se alzaba una lujosa construcción, mitad palacio mitad pagoda, a una de cuyas puertas llamó, de manera especial y sigilosamente.

Poco más tarde, la pesada puerta giró silenciosamente y un mogol ciclópeo, de rostro fiero y gigantesca estatura, de cuya cintura pendía un puñal curvo, preguntó:

—¿Qué buscas aquí, sapo asqueroso?

—«La caricia del dragón es mortal» —fue la respuesta.

—¿De qué está compuesto su veneno? —preguntó el criado.

—«De fuego».

—¡Pasa! —fue la orden escueta.

El visitante atravesó un largo pasillo cubierto de mosaico con bellas plantas a los lados y llegó a una especie de pequeño jardín, a cuyo fondo se abría una amplia escalinata de jaspeado mármol multicolor.

Allí, el criado gigante le detuvo preguntando.

—¿Qué deseas?

—Hablar con Wang-Cheng, nuestro Gran Jefe, que Buda guarde mientras el sol gire por el espacio.

—No puede ser. Medita en este momento.

—No importa. El asunto es importantísimo para nuestra secta.

Dile que el indigno

Wu-Chen

, uno de los «diez», necesita hablarle.

El criado, después de vacilar un momento y ante la invocación, se decidió a interrumpir las meditaciones del Omnipotente Jefe. «Los diez» eran de los de más categoría en «El dragón de fuego», encargados de cursar las órdenes del Jefe supremo y sus personas merecían una especial atención.

Cinco minutos más tarde, volvía y haciendo una profunda reverencia, anuncio:

—Wang-Cheng, el Gran Jefe de «El dragón de fuego», te hace el inmerecido honor de recibirte. Sígueme.

Wu-Chen ascendió por la escalinata hasta alcanzar una estancia que más parecía un templo, en la que el Gran Jefe, de rodillas ante una magnífica estatua de Buda, parecía entregado a la oración.

La estancia redonda, fabricada con mármoles y jades, aparecía en una semiluz policromada. Del techo pendían multitud de campanillas de porcelana que se agitaban suavemente al viento que se filtraba por los altos ventanales produciendo un murmullo cristalino, y en las paredes se mecían multitud de farolillos de suaves tonos y de hechura artística y elegante.

En el centro, sobre la cabeza de Buda, pendía una gran campana de plata con un dragón grabado en fuego.

Un chino, ricamente vestido con una túnica plateada y un gorro cónico adornado con una bola de coral, se alzó del suelo enfrentándose con el recién llegado.

Wang-Cheng era un mogol de unos cuarenta años, alto, recio, de ojos demasiado oblicuos, que parecían poseer fuego en las pupilas. Tenía los pómulos muy pronunciados y un bigote lacio y engomado caía vertical llegándole casi hasta el pecho.

En su mano derecha lucía una preciosa sortija compuesta por un gran rubí tallado en forma de dragón.

—¿Quién eres tú, vil gusano, y qué pretendes turbando mis meditaciones? —rugió el mogol con voz hueca y profunda.

—¡Perdona. Wang-Cheng! —suplicó el recién llegado, postrándose de rodillas ante él—. Soy Wu-Chan

, uno de los «diez» y he venido a revelarte el descubrimiento del secreto que más interesa a nuestra secta.

—¿Qué dices, vil gusano? Lo que más puede interesar a nuestra secta es...

—¡Precisamente, excelso jefe! Vengo a hablarte del manuscrito del Lama del monasterio del Tíbet.

Wang-Cheng, al oírle, dio un salto y aferrándole por los hombros, rugió con inusitada fiera:

—¡Habla, sapo indecente!... ¿Qué sabes tú de eso?

El chino contó al Gran Jefe su odisea de aquella mañana en el tenderete de libros y cómo el invencible Regis había podido librarse del acoso de sus secuaces con la inoportuna ayuda de los soldados imperiales.

Wang-Cheng, indignado, bramó:

—¿Y habéis dejado escapar a los «kaeidsus» extranjeros?

—Los soldados nos impidieron cogerles, pero no temas, que no les hemos perdido de vista. Sabemos dónde paran y los tengo sometidos a vigilancia. He venido a informarte y a pedirte órdenes.

El Gran Jefe, después de meditarlo, advirtió:

—Necesito ese manuscrito: lo necesito aunque cueste mil vidas. Te confío la misión de rescatarlo y si regresas con él, recibirás el premio que mereces, pero si no...

—Gran Jefe —afirmó Wu-Chen con energía— te prometo rescatarlo cueste lo que cueste, pero no olvides que son extranjeros y que cualquier acto de agresión puede costar una reclamación diplomática o acaso una guerra.

—¡Qué reclamen o que asolen Pekín, me es igual! ¡El tesoro del Lama vale por todo el Imperio...! ¡No lo olvides!

—En este caso, declino toda responsabilidad y apelaré a lo que sea preciso para rescatarlo. Esta noche será mío o pereceré en el empeño.

—Ve y regresa cuando lo tengas, sea la hora que sea. Yo daré orden para que te reciban.

Wu-Chen abandonó el palacio del Jefe de la secta para trazar el plan de ataque. Aquella noche robaría el manuscrito, aunque tuviese que pasar a cuchillo a los dos extranjeros.

Cuando regresó al «bungalow», el «coolie» guardián seguía imperturbable en su puesto.

—¿Salieron? —preguntó ansiosamente.

—No. Continúan allí dentro.

—Bien. Búscame diez hombres decididos y tenlos preparados para esta noche. A las doce los necesito. Cuando los tengas, ven a relevarme.

Wu-Chen sustituyó al «coolie» y hubo de esperar más de dos horas hasta que por fin le vió aparecer de nuevo.

—¿Todo arreglado?

—Todo. Cuando los necesites, los tienes reunidos en la calle de las Mil Tribulaciones, a espaldas de la de la Legación. La quinta casa a la derecha. Puedes llamar con la señal convenida.

Wu-Chen abandonó su observatorio dejando al chino en su puesto, y cuando ya las sombras invadían Pekín, fue en busca de los chinos que esperaban instrucciones.

Wu-Chen espero a que la noche, avanzara más y cuando estimó que el sabio y su criado estaban entregados al sueño, condujo a sus hombres ante el «bungalow».

Señalando una ventana que aparecía medio entornada a una altura de cuatro metros, ordenó:

—Formad una escalera para que pueda ascender por ella
Li-Chan

Luego, dirigiéndose al «coolie» que había estado toda la tarde de vigilancia, agregó:

—Tregarás por esta escala y alcanzarás aquella ventana. Tienes que penetrar dentro y apropiarte de un manuscrito pequeño escrito con caracteres antiguos, que se titula «El tesoro del monasterio». Te doy libertad para que obres como quieras, incluso apelando al cuchillo, pero no bajes sin el manuscrito o te degüello aquí mismo, por desobedecer las órdenes del Gran Jefe.

El «coolie» sacó su cuchillo, lo asió fuertemente con los dientes y trepando como un gato por la pirámide de chinos, alcanzó la ventana y con el más suave sigilo penetró a través del vano.

Cuando llegó la noche, Regis, que se había pasado el día espiando tras las cortinillas del ventanal, descubrió la antipática silueta de

Wu-Chen

y más tarde la discreta reunión del grupo que se disponía a asaltar el «bungalow» y seguro de lo que se tramaba se armó de revólver y esperó el desarrollo de los acontecimientos.

El profesor se retiró a sus habitaciones después de dejar el manuscrito sobre la mesa, mientras escondía profundamente el camuflado original, en previsión de un registro violento.

Regis, por su parte, recogió un buen puñado de ropa, la introdujo debajo del cobertor para dar la sensación de un cuerpo dormido, y con el revólver en una mano y un enorme cuchillo en la otra, se escondió detrás del lecho, sin perder de vista el vano de la ventana entreabierta.

Pacientemente esperó más de dos horas sin que nadie diese señales de vida, hasta que por fin, una sombra tenue se fue bocetando poco a poco sobre el marco, hasta dejar recortada una pelada cabeza que se quedó inmóvil sin decidirse a penetrar.

Durante unos minutos, permaneció como estática, hasta que nuevamente adquirió movimientos y dejó asomar parte del cuerpo que se izó con suavidad hacia el interior de la estancia.

El «coolie», que debía poseer ojos felinos para ver en la obscuridad, cayó en el suelo sin producir ruido alguno y luego, avanzando cautelosamente, recorrió la alcoba y pasó al departamento contiguo palpando los muebles con sus manos finas y sensibles.

Por fin, tropezó con el libro y volviendo hacia la ventana, lo colocó de forma que la claridad de la noche le permitiese leer el título.



...con el revolver en una mano..

Satisfecho del examen y convencido de que aquello era lo que buscaba, volvió a desandar el camino para salir por el mismo sitio, pero acometido de una idea súbita, sonrió feroz y echó una furtiva mirada al lecho.

Guardó el manuscrito entre sus ropas, empuñó el afilado cuchillo y avanzando cautelosamente hacia el lecho, levantó el arma y buscando el sitio donde suponía que debía estar el corazón del durmiente, lo dejó caer furiosamente sobre el montón de disimulada ropa.

En aquel momento, Regis, indignado por la cobardía del chino, alargó la mano con el revólver y lo dejó caer con ira sobre el cráneo del visitante, produciendo un siniestro ruido de huesos quebrados.

Luego, como loco, tomó el cuerpo del «coolie» que sangraba de modo impresionante y llevándole hasta la ventana, miró a través del vano.

Abajo, discretamente escondidos entre las moreras que sombreaban la pequeña glorieta, descubrió el grupo de chinos que tenían sus oblicuos ojos clavados en el «bungalow».

Sonriendo humorísticamente, elevó entre sus hercúleos brazos el frágil cuerpo del «coolie» y lanzándole con violencia sobre el grupo

que esperaba, rugió:

—¡Tomad, asquerosos sapos; ahí os envío esta carroña para que os la comáis guisada con manteca de tiburón!

El cuerpo del desgraciado, rebotó contra sus compañeros y, al caer, de sus ropas se deslizó el manuscrito hacia la tierra seca y amarilla.

Wu-Chen, que había asistido aterrado a la caída del cuerpo de su subordinado, se lanzó como una hiena sobre el libro y al leer en sus arrugadas tapas el título, emitió un gruñido gutural de triunfo, mientras los chinos rodeaban el cadáver de su compañero mudos de espanto.

Wu-Chen, con profundo desprecio de la vida de aquel miserable instrumento de sus planes, ordenó:

—¡Largo! Dejadle ahí y desapareced pronto; su misión está cumplida.

Los chinos, como ratas escapadas de un barco, huyeron en todas direcciones, mientras

Wu-Chen

, a toda velocidad, corría hacia el palacio del Jefe de «El dragón de fuego» para hacerle entrega de la codiciada presa.

Regis, al observar la inmundicia cobardía de aquellos desalmados, sintió tentaciones de cazarlos a tiros, pero por no provocar la alarma a tales horas, se abstuvo y retirándose de la ventana, corrió a dar cuenta a su jefe de lo sucedido, para lo que tuvo necesidad de despertarle.

Entre tanto, Wu-Chen, con la máxima velocidad que le permitían sus largos y ajustados vestidos corría por los arrabales de Pekín hacia el palacio del Gran Jefe. Había cumplido su difícil misión a costa del mínimo esfuerzo y peligro y aunque, costó una vida lograrlo, esa vida de un miserable «coolie» no tenía importancia alguna ni para él ni para la secta.

Cuando jadeante y con la lengua fuera llegó al palacio de Wang-Cheng, llamó con la señal convenida y de nuevo el mismo criado salió a recibirle.

—El Gran Jefe te espera —dijo sencillamente.

El chino ascendió diligente la escalinata y penetrando en el exótico salón donde Wang-Cheng seguía entregado a sus meditaciones, exclamó con acento gutural:

—¡Oh, tú, sabio entre los sabios, que gobiernas nuestra secta con mano de acero y clara visión de sus intereses!... Alégrate de haber conseguido para ello lo que ningún otro Gran Jefe consiguió en el transcurso de los siglos... Toma, recrea tus ojos y alegra tu alma; aquí tienes el manuscrito tan ansiado por todos nosotros.

Wang-Cheng, emocionado, alargó sus amarillas y traslúcidas manos pintadas con adornos de oro y tomando el libro trémulamente, lo contempló, fijando sus oblicuos y agudos ojos en la cubierta. Luego, extendió la mano afirmando:

—Has cumplido tu misión dignamente y tendrás la recompensa merecida. Te elevaré al cargo de «uno de los tres» y recibirás un buen presente.

—¡Gracias, Gran Jefe! No; no me tienta la codicia. Me conformo con ese preciado cargo que hará de mi uno de los más respetados y temidos de todo el imperio.

Súbitamente, un rugido de furor lanzado por Wang-Cheng le obligó a incorporarse temblando como un condenado a muerte. El terrible chino, lanzando llamaradas de ira por los ojos, se acercó a él con el libro entre sus afilados dedos, bramando:

—¡Sapo vil!... ¡Hijo de mil tiburones! ¿Cómo te has atrevido a burlarte de mí? ¿Qué me has traído aquí, alimaña inmundada?

Wu-Chen, terriblemente asustado, gimió:

—¡Oh, Gran Jefe... no te entiendo! Cumplí tus mandatos y arrebaté el libro de manos de esos perros extranjeros...

—¿El libro?... ¿Y eres tú uno de los «diez»? ¿Tú que te dejas engañar como una simple hormiga? Éste no es el libro del Gran Lama aunque tenga la cubierta de él. Ésta es una biografía idiota de uno de los Ming.

Wu-Chen, verdaderamente aterrado, no sabía que responder. Nunca hubiese sospechado que aquel libro no fuese el mismo que él viera en el tenderete del barrio comercial, pues no se había detenido a curiosearlo en el camino.

Wang-Cheng, poseído de loco furor, se dirigió al gong que pendía del centro de la estancia y lo golpeó con rabia produciendo un sonido intenso que se metía en los oídos. Inmediatamente, el criado de aspecto terrorífico que abrió la puerta al engañado chino, apareció en el vano de la entrada.

—¿Llamabas, Gran Jefe?

—Sí. ¡Que venga Sun con el «gato de cien colas»!

Wu-Chen, al oír la orden, se arrastró como un gusano por las brillantes losas, suplicando piedad y jurando que volvería en busca del auténtico manuscrito, pero el Gran Jefe sin apiadarse de sus lamentos, ordenó a un chinazo enorme que acababa de hacer su aparición, con un impresionante látigo de largas y punzantes correas.

—Sun, llévate a este sapo vil al jardín y adminístrale cien latigazos hasta que te duela el brazo.

Wu-Chen trató de resistirse al brutal castigo, pero el verdugo, asiéndole despiadadamente por la coleta, le arrastró como un fardo hacia el jardín.

Allí, con una saña feroz, complaciéndose en perseguirle por entre los laureles y las moreras, dio comienzo a su terrible tarea y apenas comenzada, el chino cayó en tierra privado de fuerzas y con el cuerpo flagelado de un modo inhumano.

El verdugo cumplió el mandato sin restar ni un solo latigazo a la cuenta y cuando hubo terminado, regresó a la estancia advirtiéndolo:

—Gran Jefe, tus órdenes han sido cumplidas.

—¿Vive aún ese gusano? —preguntó el mogol.

—Creo que sí.

Wang-Cheng abandonó la estancia y bajó al jardín, donde su víctima permanecía aplastada sobre la hierba, mostrando sus ropas completamente destrozadas y bañadas en sangre.

El jefe de «el Dragón de fuego» le dio un puntapié, diciendo con voz terrible:

—Wu-Chen, desde este momento no eres más que un miserable afiliado a nuestra secta sin grado alguno. Cumplirás los más bajos menesteres y sólo podrás rehabilitarte el día que me presente junto con el manuscrito las cabezas de esos odiados extranjeros.

Y volviéndose al verdugo, añadió:

—Cúrale y cuando esté en condiciones lo arrojas como a un reptil de esta mansión donde no volverá jamás.

Y se retiró del jardín frío y sin inmutarse.

El terrible y sanguinario jefe de la secta, regresó a su inmenso salón y cerrando la puerta por medio de un resorte, se dirigió al fondo de la estancia donde un busto de Buda en jade verde se erguía imponente y exótico.

Wang-Cheng buscó otro resorte en el pedestal y lo oprimió. Lentamente, el bloque giró, dejando paso a una escalerilla que se perdía hacia abajo.

El chino descendió hasta llegar a otra pequeña habitación en forma de bóveda, en cuyo fondo, sobre un altar rodeado de farolillos de colores, se elevaba otra estatua, ésta de resplandeciente oro macizo.

Wang-Cheng se descalzó, se postró de rodillas ante la estatua y tras hacer varias reverencias, suspiró:

—¡Oh tú, padre mío, que diste tu vida en defensa de la secta más poderosa del mundo! Inspírame y dame alientos para seguir tu labor y alcanzar el rescate de ese tesoro que tú tanto anhelaste y que la suerte te negó. Tú, como yo, aspirabas a él para convertirte en el hombre más temido y respetado de Oriente. Yo, como tú, poseo el mismo anhelo y ahora que la suerte parecía ayudarme, esos malditos extranjeros se han cruzado en mi camino para echar tierra amarilla sobre mis sueños de gloria. Necesito ese tesoro para ser no tardando mucho señor y emperador de la China y a tu espíritu que está al lado de Buda, le pido inspiración y suerte. ¡Padre mío, haz que lo que tú no lograste lo pueda lograr tu hijo!

Y pegando la cabeza al frío mosaico de la estancia, se quedó extático y en meditación, esperando que una luz sobrenatural iluminase su siniestro y fatídico espíritu.

Capítulo cuarto

PREPARANDO UNA TERRIBLE AVENTURA

Aquella noche, el fiel criado del profesor no durmió nada, preocupado con la situación. Iba sabiendo por propia experiencia que los chinos eran tozudos y sutiles y temía que el macabro suceso no hubiese concluido allí, pues la terrible secta de «el Dragón de fuego» estaría dispuesta a lanzar sobre ellos sus miles de sectarios, lo que iba a hacer la lucha muy desigual.

Pero esto no arredraba al bravo Regis. Se sabía hombre fuerte, voluntarioso, ágil y lleno de ingenio intuitivo y confiaba en estas dotes además de en su suerte.

Toda la noche la pasó con el revólver montado vigilando la pequeña glorieta y cuando al fin amaneció y el profesor abandonó el lecho, le dio cuenta de sus temores.

—Me alegro mucho que te vayas convenciendo de la clase de enemigos con los que tenemos que luchar —indicó Karus— por eso dudo entre emprender la aventura o no.

—Me causaría usted el mayor desencanto de mi vida. Un tesoro tan colosal y burlar a estos hijos de la tierra amarilla sería toda mi ilusión.

Karus sonrió ante la vehemencia de su criado y añadió:

—Bien. Regis, te debo mucha gratitud y no puedo negarte este capricho, aunque acaso lo lamente algún día. Nos decidiremos y saldremos en busca del tesoro... o de la muerte.

—¡Bravo! —gritó Regis con entusiasmo—. No podía usted hacer otra cosa o hubiese dejado de ser inglés.

—Pero, para ello no podemos perder tiempo. Pide comunicación con la Embajada.

Establecida la comunicación el profesor se puso al habla. *Sir*

Hamilton, al oír el nombre del profesor acudió presuroso a la llamada.

—¿Qué desea usted de mí, querido profesor? —preguntó afectuosamente.

—De momento, un auto de la Embalada para trasladarme ahí y si es posible, una escolta que proteja mi persona. Estoy amenazado de muerte y no quiero morir, al menos hasta que no le haya revelado un secreto muy valioso.

Sir Hamilton, extrañado, no pidió explicaciones, sino que se limitó a decir:

—Ahora mismo le envío mi coche y otros dos con parte de nuestro personal. Todos irán armados y si alguien se acerca a ustedes, dispararán sin compasión.

En efecto, media hora después, el coche del embajador esperaba en la puerta y Karus, que había recogido todos sus efectos y cosas de valor, pues no pensaba volver a su morada, descendió con el manuscrito bien escondido.

Por fortuna, el incidente de la noche anterior había roto de momento la vigilancia que se ejerció sobre ellos y así, pudieron llegar a la Embajada sin ser molestados.

Sir Hamilton, que esperaba ansioso, distensionó sus músculos al ver aparecer al profesor en su despacho y abrazándole efusivo, preguntó sonriente:

—¡Por Buda y Confucio! ¿Qué les ha hecho usted a los simpáticos hijos del Celeste Imperio para que pretendan cortar tan radicalmente su brillante historial científico?

—Sencillamente, apropiarme del tesoro más valioso que cuenta la historia del país.

Sir Hamilton, que no desconocía la leyenda del tesoro de los Lamas, comentó humorísticamente:

—No iré a decirme que se trata del tesoro de los Grandes.

—Pues sí, querido embajador; de eso se trata precisamente y ello le justificará que mi vida valga en este momento menos que un puñado de maldita tierra amarilla y candente llamada «lees» que viene del desierto.

El embajador, ante la seriedad con que hablaba Karus, endureció los rasgos de su rostro y preguntó:

—¿Es posible eso, profesor? ¿Usted se da cuenta del valor de ese

descubrimiento si es real?

—Sí, y de los peligros que me amenazan; pero no cantemos aún victoria, que las cosas no están maduras. Poseo el manuscrito que le fue robado al último Lama y poseo los jeroglíficos y claves que en él estampó para encontrar el tesoro, pero falta descifrarlos, dirigirse a los sitios marcados y descubrir el tesoro. Luego... luego a ver quién es el valiente que lo puede transportar sin peligro o riesgo de reclamación por las autoridades chinas; cosa más que probable.

—De eso último ya trataremos a su debido tiempo. Lo que hace falta es llegar a él y tenerle en nuestras manos.

—Llegaremos. Regis y yo estamos decididos a correr la peligrosa aventura.

—Me parecen ustedes muy pocos. No olviden que «el Dragón de fuego» lo anda buscando hace mil años.

—Ya nos lo han querido arrebatarse pero sin suerte.

Karus dio cuenta al embajador de toda su odisea del día anterior y *sir* Hamilton se mostró intrigado con ella. Luego afirmó:

—Pediré escolta al Gobierno para que les acompañen hasta donde ustedes juzguen discreto hacerlo.

—No pedirá usted nada, mi querido amigo, o empeoraremos las cosas divulgando más el secreto. Precisamente lo único que nos interesa es esfumarnos de aquí como el humo sin dejar rastro. Solamente así podemos intentar algo.

—Pues lo estudiaremos. Confío en que eso será fácil.

—No tan fácil, *sir*. El asunto es muy embrollado.

El embajador, acuciado por la curiosidad, quiso conocer el secreto del manuscrito y Karus, rogándole que pusiese centinelas de confianza cerca del despacho para no ser sorprendidos, se dispuso a ponerle al corriente del contenido de su precioso hallazgo.

Con el curioso librito sobre la mesa y señalando los gráficos de carácter infantil que aparecían intercalados entre la escritura, advirtió:

—Vea usted. Aquí se dan todas las características de la caverna donde está encerrado el tesoro y hasta un ligero inventario de él. Se habla de la corona de oro macizo y grandes piedras preciosas que ciñó el primer legislador del país. Fu-hi, 2850 años antes de Jesucristo; de la famosa espada de Cheu, el que vió nacer a Confucio en 1122 antes de nuestra Era; del fastuoso tesoro de

Kublai-Kan, el fundador de la primera dinastía de los mogoles, conquistador de Birmania, Cochinchina y Tonkín; de la famosa y única colección de porcelanas del emperador Ming, cuyo secreto de fabricación se ha perdido para siempre; del tesoro que la princesa Yu mandó recoger en toda China para ofrecérselo en su tumba a su esposo Tsin y que le fue robado de su cripta después de una odisea terrible y de una porción de objetos valiosísimos, tanto por lo históricos como por su material intasable.

»Mención aparte se hace del célebre tesoro que encerraba el notabilísimo palacio de estilo de Pekín, entregado al saqueo de nuestras tropas y de las francesas en octubre de 1860, cuando lord Elgin comandante de los ejércitos unidos, lo mandó quemar como represalia por la deslealtad de los chinos durante las negociaciones de paz. Era el palacio más maravilloso del mundo, pues lo formaban cuarenta edificios estupendos y muchos encantadores parques todos ellos construidos por orden de

Kien-Lung

. Mucho se llevaron las tropas, pero mucho más habían salvado los chinos antes del saqueo y todo lo salvado fue a parar a las insatiabiles arcas de los Lamas.

—No me extraña; son los más avaros del mundo —interrumpió el embajador.

—Como usted comprenderá, botín tan valioso no podía estar en sitio fácil de asaltar. No cabe duda, que el escondite está en el mismo Tíbet, ya que los Grandes de la Montaña no abandonan aquel lugar salvaje e inaccesible, pero la cuestión está en descubrir el lugar exacto, ya que el interior está descrito en estos jeroglíficos.

—Ya lo veo. Pero ¿cómo se llega a él?

—Ése es el secreto. Aquí tenemos varias indicaciones que a juzgar por lo que representan constituyen una cadena de obstáculos a salvar. Primeramente, se señalan las ruinas de un templo. Luego, se realza la figura de una gran estatua de Buda, cuyas dimensiones, se fijan minuciosamente, lo que indica que juega papel importante la altura, luego, hay una cabeza y un mazo. En la cabeza de forma algo cónica, hay un punto marcado que ignoro lo que puede significar.

»Estos gráficos y algunos datos aislados, me hacen sospechar que se trata de las ruinas del famoso templo llamado de

Kang-hi

, en las afueras de Tien Tsin. Posee aun en buen estado algunos trozos de su artística fábrica y cobre todo, una colosal estatua de Buda que debe medir aproximadamente estas dimensiones.

»Allí debe haber algún otro dato que sirva para seguir un itinerario u orientación, ya que según traduzco en unos párrafos posteriores, dice así:

»Cuando el dragón y el pez estén en tu poder, irás allí donde te indica y el río corre y buscarás el templo. Sólo tú, poderoso y omnipotente, podrás penetrar en él y buscar la flor de loto que te dará la segunda clave».

No dice más, pero al final, añade un gráfico muy infantil en el que se dibuja una montaña, tres picos, una mano, un monolito, un dragón y un ojo. También hay una serie de rayas que parten de la mano y de los picos de la montaña y convergen en el monolito. No hay más.

—¿Y es usted capaz de entender esto solamente por esos garrapatos seguir una pista? —preguntó el embajador entre decepcionado y escéptico.

—No sé qué decirle, *sir* Hamilton —afirmó el profesor—. Tenga usted en cuenta que aquí sólo se dan unas aclaraciones, si así podemos llamarlas, o datos conductivos y que únicamente poseyendo las claves encerradas en los lugares donde duermen hace siglos, podemos quizá hilvanar un plano algo congruente. No me hago muchas ilusiones, pero por probar nada se pierde, sobre todo teniendo en cuenta que el templo no está muy lejos de Pekín y que si mis sospechas son ciertas, allí puedo encontrar la primera clave.

—¿Y si no la encuentra?

—Seguramente renunciaré a la empresa, pero no puedo caminar sin un punto de arranque. De todas formas, renuncie o no, este manuscrito no saldrá nunca de nuestras manos, pues estoy seguro de que en las de los miembros de «el Dragón de fuego» será muy valioso y no es mi intención regalarles el tesoro. O para nosotros o para nadie.

—De todas formas, no creo que podamos dormir muy tranquilos poseyéndolo. Estos sectarios son capaces de asaltar la Embajada para robarlo.

»Pero esta responsabilidad correrá a cargo de usted. Yo voy a

tomar los datos que me son útiles escribiéndolos en una clave particular mía y dejaré el manuscrito para que usted lo custodie. Si estima que corre peligro, hágale salir de Pekín con todas las garantías posibles.

—Trataré de ponerle a buen recaudo. Déjeme estudiarlo.

—Hágalo todo el tiempo que estime prudente. Yo dejaré esta noche ultimadas mis notas y a partir de ese momento no lo necesito para nada.

—Bien. Ahora, ¿cuál es su plan?

—Pues... yo también tengo que consultarlo con la almohada y con Regis. El mayor peligro está en poder salir de aquí sin ser descubiertos. Esta gente estará ahora segura de que nos guarecemos en este edificio y lo vigilará noche y día para seguarnos cuando le abandonemos y poder darnos la batalla al empezar la aventura. Si logramos salir de aquí engañándoles, cuando quieran volver a anudar el hilo, Dios sabe lo que sin duda, puede haber sucedido.

—Pues estúdielo y me lo comunica. Estoy dispuesto a ayudarles en su loca empresa cueste lo que cueste. Hay un puntillo de vanidad patriótica en que ustedes triunfen.

—Estamos de acuerdo, señor embajador —afirmó Karus.

Éste, abandonó el despacho de *sir* Hamilton, dejándole muy preocupado y se retiró a sus habitaciones llamando a su criado.

Regis, que se mostraba muy nervioso, preguntó:

—¿Hay alguna novedad, señor?

—Sí. Vamos a partir en busca del tesoro.

—¡Magnífico! ¡Es usted el hombre más grande del planeta!

—Lo seré, pero para serlo, me hacía falta poseer el don de la invisibilidad que nos permita salir de aquí sin ser descubiertos por nuestros espías. Si encuentras una fórmula para que podamos salir burlando esa segura vigilancia, creo que el éxito es casi seguro.

—Bien, déjeme pensarlo, pues eso no se improvisa. Esta noche le daré unas cuantas fórmulas para que las estudie.

En efecto, aquella noche Regis se encerró en el despacho destinado a Karus para darle cuenta de sus estudios.

—Creo que he encontrado un medio para salir de aquí riéndonos de esos sapos biliosos —afirmó Regis.

—Veamos tu idea —interrumpió el profesor impaciente.

—Pues allá va. Nos disfrazamos de chinos y abandonaremos la

Embajada a altas horas de la noche.

—Muy bien, pero como aquí no hay más chinos que el cocinero y el lavaplatos y los dos son pequeños, raquíticos y algo viejos, no les vamos a engañar con el disfraz y nos descubrirán rápidamente.

—Ya he pensado en eso, pero mi plan es doble. Primeramente disfrazaremos a dos miembros de la Embajada y les haremos salir por delante de nosotros. Elegimos dos que se nos parezcan en estatura y tipo y esto les engañará. Cuando ellos hayan salido y atraigan la atención de los espías, que les seguirán como lobos, nosotros hacemos mutis por el lado contrario y cuando se den cuenta de la burla, que nos busquen con la lámpara del famoso Aladino.

El profesor ponderó el plan y no encontrando por su parte otro más viable, afirmó:

—No es malo, sobre todo cuando no se puede oponer otro mejor. Hablaré con el embajador a ver qué opina.

—Sí, háblele y si le parece bien, no debemos perder tiempo. Mañana por la noche podemos salir.

Terminada la conferencia, Karus se dispuso a dar cuenta a *sir* Hamilton del proyecto marchando a su despacho.

Pero su confianza de creerse seguro dentro de la Embajada, fue un error fatal. Cuando quiso abrir la puerta y salir al pasillo, ya se había deslizado por él como una sombra, un hombrecillo suave y felino, que había estado escuchando con el agudo oído pegado a la cerradura.

El hombrecillo, un chino flexible y menudo, calzado con unas zapatillas de fieltro que mataban todo rumor de pasos, alcanzó el final del pasillo y ascendiendo por una escalera que comunicaba con el piso superior, se introdujo en una habitación destinada a almacenar ciertos objetos empleados sólo en la época invernal.

El chino se encaminó a la única ventana que poseía la estancia y la abrió cuidadosamente echando una mirada al exterior.

Aquella parte daba a la trasera del palacio. Varias frondosas moreras que sombreaban el jardín, se erguían casi pegadas a la fábrica del edificio.

Como un lagarto saltó al vano de la ventana y sirviéndose de una morera a modo de trampolín, se dejó caer sobre el blando y amortiguador césped.

Luego, arrastrándose por él como un reptil, ganó la tapia que cerraba el jardín por aquel lado saltando al exterior.

Nadie le había visto entrar ni salir de la Embajada, por un exceso de confianza al creerla inviolable y esta falta de precaución iba a acarrear peligros horribles y tormentos sin fin a aquel par de hombres osados y valientes que estaban dispuestos a arriesgarse en la empresa más audaz y temeraria que se registraba en la inigualable historia de China.

El espía, corrió como un gamo a una casucha de los arrabales de la población y llamando a ella de un modo especial, consiguió que le franqueasen la entrada.

—¿Qué deseas? —preguntó un viejo encorvado, que asomaba su arrugada y amarillenta faz por una rendija de la puerta.

—«La caricia del dragón es mortal» —afirmó el chino.

—¿De qué está compuesto su veneno? —preguntó el viejo.

—De fuego.

—Pasa, hermano de secta, ¿qué te trae por aquí?

—Quiero ver a Wu-Chen.

—Imposible. Desapareció y se ignora su paradero.

—El asunto es grave y urgente. Se trata de algo muy interesante para nuestra secta que sólo él puede hacer llegar al Gran Jefe, por eso necesito verle.

—Te repito que ignoro su paradero —afirmó el viejo.

—Entonces, tú debes hacer llegar a manos del Gran Jefe la noticia que traigo. Yo asistí a lucha con los diablos extranjeros que robaron nuestro manuscrito. Tú debes ir a ver al Gran Jefe y decirle que diablos extranjeros que robaron manuscrito están escondidos en Embajada y que mañana piensan partir disfrazados de chinos, pero, para burlar vigilancia, disfrazarán otros dos extranjeros que saldrán primero para atraer espías nuestros. Hazle saber todo esto o manuscrito y tesoro serán perdidos.

El viejo chino muy azorado al darse cuenta, de la gravedad del informe, afirmó:

—Bien, no sé qué podré hacer. El número «diez» del distrito Sur ha desaparecido, pero buscaré al número «ciento» del distrito Norte, para que éste busque al «cincuenta» y el «cincuenta» al «diez». Sólo éste sabe el paradero del Gran Jefe y podrá hacer llegar a él tu mensaje.

El viejo abandonó la casucha y se perdió en las tinieblas de la noche por un barrio estrecho, sucio y mal iluminado con farolillos de papel de arroz engrasados. Cuando logró encontrar al número «ciento», éste salió diligente en busca del «cincuenta» quien a su vez buscó al número «diez» de su distrito, teniendo la suerte de encontrarlo.

El número «diez» del distrito Norte era un vendedor de kimonos que habitaba en la calle de Los Cien Dragones en el barrio comercial, y el vendedor se apresuró a correr al palacio de Wang-Cheng a darle cuenta de los acontecimientos.

No pudo verle porque el criado se lo impidió, pero le envió una nota escrita en jeroglíficos intraducibles, que sólo los miembros de la secta podían entender.

Cuando Wang-Cheng se enteró de la nota, ordenó al criado:

—Di al número «diez», que le confío la misión de no dejarse engañar y capturar a esos diablos extranjeros cuando abandonen la Embajada. Que los lleve a la casa deshabitada de la orilla del pantano y una vez allí, que los encierre y me mande aviso. Yo me entenderé personalmente con ese par de perros asquerosos.

Y bocetando en su amarillo rostro una sonrisa horrible, se entregó de nuevo a sus meditaciones.

El número «diez» abandonó el palacio dirigiéndose de nuevo a su tenducho de la calle de Los Cien Dragones. Sabía lo que significaban las órdenes del terrible jefe y no quería fracasar en su empeño.

Pronto, por medio de misteriosos mensajeros, empezaron a acudir chinos torvos y desastrados y el vendedor les dio instrucciones concretas sobre lo que debían hacer.

La Embajada sería sometida a una estrecha vigilancia sin descuidarla por nada del mundo y en el momento en que los diablos extranjeros la abandonasen, serían atacados en el sitio más propicio, para lo cual, estableció patrullas de ataque en todas las salidas que daban a la gran plaza.

Luego marchó a revisar la casita del pantano. Ésta se encontraba situada en el lado Sur de la población y permanecía abandonada por sus dueños ausentes de Pekín.

Allí, en una cueva subterránea, existían diversos instrumentos de tortura a tono con la mentalidad china y el encargado de velar

porque las órdenes de Wang-Cheng se cumplieran, sabía usarlos muy bien pues no iba a ser la primera vez que hiciese uso de ellos.

Ya tranquilo con todas las medidas tomadas, se retiró a su tienda a esperar. En el momento en que le diesen cuenta de que los odiados extranjeros habían abandonado el palacio de la Embajada acudiría a actuar en persona ante el temor de que sus hombres pudiesen cometer cualquier error que repercutiese en sus costillas en forma de látigo de cien colas, del que no tenía muy buenas referencias.

Capítulo quinto

UNA DESAPARICIÓN INCOMPREENSIBLE

Al día siguiente y previa la conformidad del embajador, empezaron los preparativos para la marcha.

Sir Hamilton se puso en comunicación por teléfono con varios compatriotas ajenos a la Embajada, para rogarles que se preocupasen de ciertos detalles, evitando con esto que cualquiera de sus empleados fuese espiado descubriéndose los preparativos de la proyectada fuga.

Así, alguien se encargó de procurarse dos caballos de los empleados en el país, caballos de pequeña talla pero de una resistencia enorme.

Con los caballos, adquirieron unas bolsas de viaje, en las que introdujeron varias mudas interiores, algunos comestibles, un par de odres con agua y algunas otras cosas de segura y perentoria necesidad.

Otro súbdito británico se preocupó de adquirir varios trajes chinos de determinada talla que introdujo en la Embajada sin que nadie supiese lo que portaba, mientras un experto en peluquería, acudía para completar el disfraz. El profesor, aleccionado por el peligro corrido por su criado en el barrio comercial, encargó dos sólidas cotas de malla para protegerse contra el lanzamiento de cuchillos y dos magníficos revólveres por cabeza, más dos agudos cuchillos que se podían ocultar en las amplias mangas de sus casacas donde se habían adherido las fundas hasta completar el atuendo.

El embajador eligió dos de sus empleados que poseían una estatura parecida a la del profesor y Regis y procedió a vestirles con unos sencillos trajes, cubriendo sus cabezas con los amplios sombreros de paja de maíz propios de los campesinos de la región.

Este detalle estaba destinado a disimular más sus facciones y

poder engañar mejor a los espías.

Para protegerles de cualquier posible agresión, *sir* Hamilton destacó sus tres automóviles, los cuales debían esperar a cierta distancia de la Embajada. Uno estaba destinado a recogerles y los otros dos a darles guardia. Saldrían de la capital a gran velocidad para hacer un recorrido de una hora, pasada la cual, regresarían a la Embajada, pues, en ese tiempo, Karus y su criado habrían tenido ocasión de poner mucha distancia entre ellos y Pekín. En cuanto a los dos audaces aventureros, encontrarían en una posada de las afueras de la población, los dos caballos y el menaje convenido.

Cuando llegó la noche, se dio una batida por los alrededores del edificio para descubrir a los posibles vigilantes, pero éstos, astutos y duchos en el espionaje, habían elegido sitios inverosímiles pero estratégicos, donde resultó imposible localizarles.

A pesar de lo infructuoso de la requisa, todos estaban convencidos de que afiliados a la secta permanecían a la expectativa y así, cuando llegó la medianoche, se dispusieron a usar de la argucia acordada.

Los dos empleados abandonaron furtivamente el palacio por la parte posterior y tratando de ocultarse a toda mirada indiscreta, se dirigieron al lugar donde los autos les estaban esperando.

Sin tropiezo ninguno, alcanzaron el coche ascendiendo a él. Inmediatamente se puso en marcha y detrás, los dos coches de la escolta.

Aunque hasta aquel momento no habían observado nada anormal, no tardaron en descubrir que un poderoso auto negro tomaba el mismo camino siguiéndoles a distancia.

Esto les satisfizo. Si en efecto habían picado en el cebo tendido, la desilusión que se iban a llevar cuando descubriesen el engaño iba a ser enorme.

Entre tanto, Karus y Regis, procedían a dar los últimos toques a su atuendo. El profesor se había disfrazado de mogol, con un traje muy parecido a los de los mandarines de segunda categoría.

Consistía el disfraz en una casaca ancha de seda azul floreada, con las mangas muy anchas en forma de campana, unos calzones también muy anchos, de seda blanca, que le cubrían hasta las rodillas. Oprimía su cintura un amplio cinturón de más de una cuarta de ancho, del que pendía una bolsa de seda amarilla, clásica

prenda en la que los chinos guardan, el abanico, la pipa, el reloj y los anteojos; completaba el atuendo unos escafpines de fieltro de suela muy alta, casi cuadrados por la punta.

Su cráneo rapado previamente, cosa que causó mucha pena a Regis, se adornaba con una especie de birrete negro de forma cónica, adornado en la punta con una bola de coral y una hebilla con un brillante falso.

Regis, por su parte, para simular un humilde criado de tan alto señor, vestía una amplia blusa verde, ribeteada por la parte baja de encarnado, un pantalón largo y recto de color amarillo rabioso con vueltas azules y unos chapines también de fieltro.

En la cabeza lucía una especie de casquete negro, con un colgante rematado por una bolita del mismo color.

Bien ocultos, debajo de la ropa china, llevaban unos sencillos trajes europeos y los revólveres, amén de los cuchillos escondidos en las mangas de las vestiduras.

Karus había tomado sus notas por duplicado, entregando una copia a Regis y quedándose con la otra. Debían tomar precauciones para un posible caso de separación imprevista que les permitiese reunirse en un lugar determinado. Cuando todo estuvo a punto el embajador, muy emocionado, abrazó al profesor, diciendo:

—¡Por lo que más quiera, comuníqueme detalles de su expedición por si necesita algún auxilio que pueda prestarle!

—Lo lamento, pero no podré hacerlo, al menos mientras no esté seguro de no ser perseguido —aseguró Karus.

—¿Cómo podré saber entonces de la marcha de sus pesquisas?

—No lo sé. Quizá reciba usted algún informe por conducto extraño. Sería mejor que se lo comunique a alguien ajeno a la Embajada para que él se los transmita en confianza.

—No es mala idea, pero piense bien a quién elige.

—Lo haré por la cuenta que me tiene.

El embajador abrazó también a Regis, advirtiéndole:

—A ti no te digo nada. No olvides que en tus manos queda la vida de una de nuestras glorias científicas.

Regis, sonriendo, comentó:

—A mí eso de su gloria científica me tiene sin cuidado. Lo que me importa es su vida por ser la de mi señor; lo demás no cuenta.

Sir Hamilton sonrió al darse cuenta del orgullo infantil de Regis

al patentizar el cariño que sentía por la persona del profesor y estrechando su mano, añadió:

—Bien, pues no olvides que es solamente su vida la que te confío.

—¡Que vengan esos sapos amarillos a tratar de tocarle a la coleta y verán como las gasta Regis! Iba a haber cadáveres para levantar un nuevo palacio imperial.

Karus y su criado se dirigieron a la parte posterior del edificio y después de asegurarse de que la explanada estaba desierta, se deslizaron por ella.

La puerta se cerró inmediatamente. Y ambos se encontraron en plena ciudad, como si se tratara de dos hijos de Buda un tanto trasnochadores.

Regis no se fiaba mucho de aquella aparente tranquilidad. Su instinto le decía que se les preparaba alguna emboscada y para preservarse de una inopinada agresión, extrajo un enorme vergajo que había tomado en la Embajada y que llevaba oculto sin que nadie lo hubiese descubierto.

El profesor, extrañado al observar sus precauciones, preguntó:

—¿Qué sucede, Regis?

—De momento nada, señor, pero no estoy tranquilo. Mucho me temo que a pesar de las medidas tomadas, estos cerdos biliosos nos estén aguardando en algún sitio propicio.

—Yo creo que exageras. No se ve un alma por las calles.

Regis miró al profesor y con acento de voz, en él desconocido, contestó:

—Mire, señor; yo creo, sin ser una persona demasiado enjundiosa, como sabe usted bien, que hay veces que nos acecha un peligro que, por más que aguzamos los ojos, no logramos descubrir. No obstante, el peligro es real, pues en nuestro espíritu persiste la inquietud que nos atenaza; pese a mirar afanosamente por todos lados pugnando por salir de la duda que nos absorbe. Y éste es mi caso; presiento el peligro; lo veo flotar en el ambiente que nos rodea y no me es posible dar con él. ¿Me expliqué bien, señor? —terminó con amplia sonrisa, mientras posaba sus ojos en el rostro del profesor que le escuchaba asombrado.

—¡Magnífico, Regis! —exclamó el sabio investigador—. Te explicaste bien, o mejor de lo que yo mismo hubiera podido

hacerlo... Pero, quizá, tus temores resultan infundados y salgamos bien de la primera fase de nuestra aventura. Esto es poder salir sin contratiempo de Pekín.

—¡Así sea, señor! Más que por mí, que ya me encantan las aventuras, lo celebraría... por usted.

Ambos habían dejado atrás el edificio de la Embajada y caminaban ahora por un dédalo de callejuelas bastante estrechas y malolientes, iluminadas por los aceitados farolillos que constituían el único alumbrado de ellas.

Regis se había pegado a las fachadas de las casas, abriendo marcha, mientras el profesor contagiado de su nerviosismo, le seguía parapetándose también todo lo posible. Habían andado unos diez minutos, cuando al cruzar por delante de una casa sombría, en la que el vano de una puerta iluminaba desde el interior aquel trozo de calle, la puerta se abrió con violencia y dos chinos como lanzados por una mano invisible, fueron a parar sobre el montón de detritus que obstruía el arroyo.

Los dos chinos se levantaron trabajosamente, tratando de apoyarse en la pared, en el momento en que pegados a ella avanzaban Karus y su criado. Éste, receloso, hizo ademán de avanzar cruzando ante ellos, pero súbitamente se detuvo, echándose para atrás al tiempo que empujaba violentamente al profesor.

Aquel movimiento instintivo les salvó. Un cuchillo brilló a la débil claridad que despedía el opaco cristal de la puerta fronteriza y el chino, al lanzarse violento en el vacío por haberle fallado el golpe, cayó de bruces a tierra, mientras sus compañeros, lanzando un grito extraño, trataba de caer sobre Regis.

Éste, que se había dado cuenta de la maniobra, levantó el flexible vergajo y dejándole caer con todas sus fuerzas sobre el armado chino, le cruzó el cuello de un golpe salvaje.

El agredido lanzó un aullido siniestro y súbitamente, del establecimiento fronterizo surgieron dos docenas de astrosos «coolies», los cuales, lanzando rugidos de ira y pronunciando palabras que Regis no comprendía, se arrojaron sobre ellos.

No se inmutó el valiente criado. Con su aplomo característico se irguió imponente ante los asaltantes y con la ira reflejada en el noble rostro, bramó:

—¡Atrás, sapos inmundos; el que ose tocar un solo cabello de mi

señor, juro hacerle los sesos en picadillo!

Y recordando lo que hacía breves momentos dijera al profesor, soliloquió para sí:

—No soy ningún vidente, bien es verdad, pero hay ocasiones en que debemos hacer caso de las corazonadas.

Esto fue, rapidísimamente, lo que pasó por su mente pues dándose cuenta que el momento no era el más apropiado para sesudas meditaciones, aceleró el reparto de vergajazos a los «coolies», a la vez que gritaba furibundo:



...Le cruzó el cuello...

—¡Ah, miserables sabandijas! ¿Con que esto era lo que nos teníais preparado? Pues esperad, que os voy a peinar la coleta como para que no os la tengan que trenzar más en vuestra asquerosa vida.

El profesor, al verse así atacado, echó mano al revólver, pero Regis, adivinando su propósito, gritó:

—¡No!... ¡El revólver no!... Un disparo atraería sobre nosotros cien millones de estas cucarachas venenosas. Saque su cuchillo y póngase tras de mí.

Mientras hablaba, agitaba el vergajo con una violencia aterradora y cada caída de él sobre un cuerpo, era como un huracán de plomo, pues los «coolies» volaban por el arroyo como si fuesen muñecos de papel.

Pero a pesar del éxito defensivo de Regis, la batalla amenazaba con acabar mal para ellos. Nuevos grupos de endiablados rostros amarillos surgían de aquel maldito establecimiento y el bravo criado, observaba con ira que su jefe iba a caer víctima de sus furiosos ataques. Tomando una heroica decisión, abandonó la pared protectora, gritando al profesor en inglés.

—¡Por lo que más quiera, corra a la Embajada en busca de auxilio; está cerca y yo puedo defenderme hasta vuelta!

—Pero...

—¡No discuta o moriremos los dos!... ¡Pronto!...

Con su recia humanidad, ocupó el centro de la estrecha callejuela impidiendo que sus agresores pudiesen perseguir a Karus, el cual, con toda la velocidad que el peligro de su fiel criado le inspiraba, corrió hacia la Embajada en demanda de socorro.

Regis, sin vacilar, acometido de una rabia loca, seguía formando un remolino trágico con su vergajo, que impedía a sus agresores acercarse a él, pero los chinos, rabiosos, decidieron emplear su táctica guerrera, de lanzar sus cuchillos con la habilidad que les caracterizaba.

Mas con asombro mezclado de terror, pudieron observar que sus afiladas armas al dirigirse rectas al pecho del odiado extranjero, caían al suelo después de cimbreadse sobre su cuerpo y un pánico loco les invadió.

Regis, aprovechándose de la sorpresa que aquel descubrimiento les produjo, se lanzó en tromba sobre ellos, gritando:

—¡Paso, carroña amarilla!... ¿Quién os habéis creído que soy yo?... ¡Soy el propio Diablo, que os va a llevar a lo más hondo del infierno para que el compadre Belcebú se haga una sopa de fideos amarillos con vuestros inmundos cuerpos!



—¡paso, carroña amarilla!

La desbandada parecía iniciarse cuando un nuevo grupo surgió de aquella maldita puerta, en cuyo interior parecía existir una fábrica de chinos y el que al parecer capitaneaba el grupo gritó en chino:

—¡Adelante!... ¡«El Dragón de fuego» lo exige o moriréis todos emparedados!

Aquello dio nuevos bríos a los atacantes que consiguieron rodear a Regis. Éste se debatía en un círculo cada vez más estrecho y observaba con angustia que el anhelado socorro no llegaba.

Durante un buen rato la lucha continuó con tremenda ferocidad. Parecía extraño que un hombre solo pudiera hacer frente a aquella horda de enfurecidos chinos, pero Regis, además de su notable corpulencia, reunía una prodigiosa agilidad y músculos de acero bien templado. Pero, pese a esto, la desigual batalla no podía durar mucho, pues continuamente aflúan nuevos chinos a la lucha, mientras Regis, pese a la voluntad y tesón que ponía en ella, empezaba a dar muestras inequívocas de cansancio.

Súbitamente, alguien que había logrado colgarse a sus espaldas, dejó caer un objeto agudo y contundente sobre su cráneo. Regis sintió como si millones de farolillos chinos se encendiesen en su retina y soltando el terrible vergajo se desplomó en tierra, mientras los «coolies» enfurecidos se arrojaban sobre él como lobos hambrientos.

* * *

El profesor, jadeante y despintado, llegó a la puerta de la Embajada haciendo vibrar el timbre de modo nervioso e insistente.

Tuvo que esperar un rato angustioso, hasta que alguien asomándose a los balcones inquirió el motivo de aquella llamada intempestiva.

—¡Por San Jorge! —clamó el profesor—. ¡Pronto, soy el profesor Karus! Avisen a

S. E.

que hemos sido atacados y que he dejado a mi valiente criado peleándose con varias docenas de chinos.

Rápidamente la puerta se abrió y el embajador avisado del trágico acontecimiento, bajó al vestíbulo envuelto en un kimono.

—¿Qué sucede, profesor? —preguntó angustiado.

—¡Todo descubierto! ¡Non han atacado! Regis se pelea con docenas de agresores... ¡Por favor, auxilio o le matarán como a un perro rabioso!

Inmediatamente, el personal que quedaba en la Embajada se

armó de revólveres y se dispuso a prestar la solicitada ayuda en el momento en que los autos regresaban con los fingidos chinos y el personal de la escolta. En los autos se encaminaron a toda marcha al lugar de la refriega, salvando la corta distancia en tres minutos, pero cuando entraban en la calleja donde se había desarrollado la lucha, el profesor se quedó aterrado y lleno de asombro.

La calleja, aparecía desierta y sin la menor señal de combate. Los varios «coolies» que él había visto caer en tierra, habían desaparecido como igualmente Regis y aquella maldita puerta que minutos antes apareciera iluminada y de la que brotaban los agresores como hormigas, permanecía en sombras y cerrada herméticamente.

—¡Oh! —clamó el profesor angustiado—. ¡Esto es imposible! ¡Si no lo viese no lo creería!

El secretario de la Embajada que se había apeado con él esgrimiendo su revólver, preguntó:

—¿No se habrá equivocado usted de calle profesor? Aquí no existe la más leve señal de lucha.

—¡No! —rugió Karus—. ¡No me he equivocado! Conozco muy bien Pekín. Ha sido aquí donde nos atacaron y donde dejé a Regis luchando con esa legión de demonios.

—Pues aquí no hay nada, ya lo ve usted.

—Y fue de esa maldita puerta de donde surgían por docenas —aseguró señalando la puerta fronteriza.

El secretario, decidido, se dirigió a la casa y aporreando la puerta, gritó:

—¡Abran!... ¡Abran pronto o prendo fuego a este maldito nido de víboras!

Momentos después, unos pasos suaves se oyeron tras la puerta y ésta, se abrió para dejar ver la silueta de una vieja horrible que con un farolillo aceitado en la mano para alumbrarse, preguntó:

—¿Qué desean los extranjeros?

El secretario y Karus la apartaron con violencia sacándola hasta el arroyo y penetraron impetuosamente en la casucha seguidos del personal de la Embajada.

Karus encendió la lámpara eléctrica que llevaba guardada alumbrando el camino.

La casucha, de un solo piso, apenas si contaba con cinco

departamentos míseros y malolientes, pero en ninguno midieron encontrar rastros de chinos. Solamente habitaba, allí la vieja que les había recibido y ni siquiera pudieron encontrar indicios de cueva alguna.

Karus, asombrado, rugió:

—¡No puede ser! Yo mismo les he visto salir de aquí a oleadas. ¡Salían por docenas!

El secretario, tan asombrado como él, afirmó:

—Profesor, si no le conociese a usted bien, tendría motivos para sospechar que había usted soñado o que se había equivocado de sitio.

—¡No! —respondió enérgico Karus—. No me he equivocado. Fue aquí y esto parece cosa de brujería.

—¡Y lo es! Estos chinos son los brujos más grandes del universo. No sé lo que pensará hacer *sir* Hamilton, pero de antemano le aseguro, que por mucho que reclame y se investigue, esto resultará poco menos que el monasterio de los Lamas cuanto a tranquilidad.

—¡Todo eso está bien! —gimió el profesor— pero ¿y mi criado?... ¡Oh! ¡Si le ha sucedido algo a mi fiel Regis, creo que me moriré de pena! ¡Todo lo hizo por salvarme!

Ya nada cabía hacer allí. Proceder a un registro total del barrio sin ayuda ni autorización era muy expuesto, y el secretario, tan abatido como el profesor, dio orden de regresar a la Embajada para informar a *sir* Hamilton del extraño desenlace de aquella rara aventura.

Y cuando montaron de nuevo en los autos, pudo observar que Karus, un hombre tan entero, animoso y valiente, lloraba igual que un niño, pensando en la horrible suerte que podía haber corrido su fiel criado...

